

EDITORIAL

DECONSTRUYENDO LA MENTE MORAL: CUANDO LA EVIDENCIA HABLA

Antonio Olivera-La Rosa, Ph. D.

Fundación Universitaria Luis Amigó, Colombia

Forma de citar este artículo en APA:

Olivera La Rosa, A. (julio-diciembre, 2014). Deconstruyendo la mente moral: cuando la evidencia habla. [Editorial]. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 5(2), 231-234.

Después de ganar la lotería nacional, el afortunado en cuestión declara a los medios de comunicación que ha decidido renunciar a su trabajo para empezar a gastar millones de pesos semanales en masajes, relojes y vinos de colección. Esta decisión no sería del todo inesperada para un nuevo millonario, con la salvedad de que su madre acaba de ser desahuciada del hospital en que se encontraba al no estar en condiciones de afrontar los costos de su tratamiento contra el cáncer. Si la respuesta del lector(a) ante esta (esperemos) historia ficticia es de repugnancia ante el mencionado individuo, probablemente podemos entrar en materia y aproximarnos a la complejidad de la mente moral.

El estudio de los fundamentos psicológicos de los juicios morales parece haber abandonado definitivamente el terreno meramente teórico para constituirse, finalmente, en una problemática abordable a través de enfoques empíricos. En efecto, a pesar de que el estudio de los temas morales ha sido materia recurrente de las humanidades y de las ciencias sociales, solo la posterior integración de diferentes disciplinas científicas en la ciencia de la “psicología moral” parece haber sido determinante para el desarrollo de este campo de estudio. Así, en los últimos quince años, diversos estudios procedentes de las ciencias cognitivas, la filosofía experimental, la primatología, la psicología clínica y del desarrollo, las ciencias económicas o la antropología han dado lugar a lo que parece ser una “nueva era” en el estudio de la cognición moral (Cushman, Young, & Greene, 2010; Huebner, Dwyer, & Hauser, 2009; Olivera-La Rosa & Rosselló, 2014; Sinnott-Armstrong, 2008).

En este contexto, en el ámbito académico se impone (con diversos matices) la caracterización del juicio moral como una evaluación predominantemente automática, en la cual los procesos intuitivos y afectivos priman típicamente sobre los racionales. Desde una perspectiva integradora, Greene (2009; 2010) defiende la teoría dual del procesamiento de los juicios morales. Para el autor, nuestra cognición moral funciona como una cámara de fotos que tiene dos modos, un modo “automático” (las intuiciones morales) y un modo “manual” (el razonamiento moral). Dependiendo de la situación moral que se evalúe, un modo puede resultar más adecuado que el otro; no obstante, el modo automático suele resultar más eficiente en situaciones cotidianas y suele fallar en situaciones novedosas que requieren de respuestas flexibles.

Para Haidt (2001; 2013), los juicios morales son típicamente causados por intuiciones morales, mientras que el razonamiento –cuando ocurre– será un proceso *a posteriori*, es decir, un proceso que tendrá lugar después de experimentar la intuición moral. Desde esta perspectiva, los juicios morales son similares a los juicios estéticos: ante la presencia de una situación moral experimentaremos un sentimiento instantáneo de aprobación o desaprobación (similar al “me gusta” o “no me gusta” que experimentamos al apreciar un objeto estético). Se podría decir que muchas veces *sabemos* intuitivamente que algo está mal o bien, y ante la falta de una comprensión real de nuestra respuesta, racionalizamos una justificación de nuestra intuición inicial.

Interesantemente, la correspondencia psicológica existente entre ciertos estados corporales y ciertos procesos cognitivos (*embodiment*) ha sido ampliamente documentada en los estudios relacionados con la moralidad, favoreciendo la tesis de que nuestra cognición moral está en gran medida “corporizada”. Por ejemplo, la evidencia sugiere que las personas utilizamos la experiencia emocional de repugnancia como información *embodied* acerca de ciertos eventos sociales. Así, Schnall, Haidt, Clore & Jordan (2008) encontraron que la experiencia incidental¹ de repugnancia incrementó la severidad de los juicios morales en aquellas personas altamente sensibles a sus reacciones corporales. En esta línea, el simple consumo de un brebaje de sabor repugnante incrementó la severidad de los juicios morales de los participantes (Eskine, Kacirik, & Prinz, 2011). Curiosamente, parece ser que el efecto opuesto también resulta operativo en la cognición moral. Por ejemplo, Zhong & Liljenquist (2006) encontraron que cuando las personas piensan en acciones inmorales evidencian mayor predisposición a utilizar productos de higiene y a considerar que la sensación de limpieza física reduce la respuesta emocional negativa que acompaña a la perpetuación de la conducta inmoral. Inclusive, existe evidencia de que los olores de productos de limpieza favorecen la reciprocidad y la caridad (Liljenquist, Zhong, & Galinsky, 2010) y de que la sensación de limpieza física reduce la severidad de los juicios morales (Schnall, Benton, & Harvey, 2008).

Por consiguiente, diversos estudios sugieren que los juicios morales son susceptibles a la influencia de variables afectivas incidentales. En particular, estudios recientes han encontrado que el *priming* afectivo (tanto de imágenes repugnantes como de imágenes de horror-miedo) redujo exclusivamente la severidad de los juicios morales. Interesantemente, cuanto más breve fue la presentación del estímulo *prime*, mayor efecto tuvo sobre los juicios ante los dilemas morales (sin efecto sobre los juicios no morales) (Olivera-La Rosa & Rosselló, 2012).

En síntesis, los resultados de la mencionada investigación demuestran que el hecho de ser expuestos a imágenes negativamente impactantes (de repugnancia, de horror) por un breve lapso de tiempo, hace que, seguidamente, seamos moralmente más permisivos. Ciertamente, la constatación

¹ Incidentales o “contextuales” significa que las respuestas afectivas no son causadas por las propiedades del objeto/estímulo emocional.

de que las respuestas afectivas incidentales pueden distorsionar los juicios morales tiene serias implicaciones para determinadas cuestiones sociales fuera del laboratorio. Por ejemplo, consideremos el posible rol de los afectos negativos incidentales en el sistema legal. Por otra parte, los informativos relacionados con temas de muerte (percepción de homicidios, ataques terroristas o accidentes de tráfico) podrían incrementar la permisibilidad con la cual juzgamos la “maldad” de la siguiente noticia. Adicionalmente, es importante contrastar la posible influencia de la exposición cotidiana a videojuegos y páginas web que presenten altos contenidos de repugnancia y horror en los estándares morales, incrementando los niveles de tolerancia a la violencia. Futuros estudios deberán abordar esta problemática desde un enfoque más ecológico, pues diversos ámbitos de la vida social cotidiana pueden beneficiarse de una mejor comprensión de los mecanismos subyacentes al proceso de juicio moral.

Referencias

- Cushman, F., Young, L., & Greene, J. D. (2010). Multi-system Moral Psychology: Towards a consensus view. In J. M. Doris and The Moral Psychology Research Group, *The Moral Psychology Handbook* (pp. 47-71). Great Britain: Oxford University Press. Retrieved from <http://www.oxfordscholarship.com/view/10.1093/acprof:oso/9780199582143.001.0001/acprof-9780199582143-chapter-3>.
- Eskine, K. J., Kacirik, N. A., & Prinz, J. J. (March, 2011). A Bad Taste in the Mouth: Gustatory Disgust Influences Moral Judgments. *Psychological Science*, 22(3), 295-299. doi: 10.1177/0956797611398497
- Greene, J. D. (May, 2009). Dual-process morality and the personal/impersonal distinction: A reply to McGuire, Langdon, Coltheart, and Mackenzie. *Journal of Experimental Social Psychology*, 45(3), 581-584.
- Greene, J. (2010). Does moral action depend on reasoning? *Big questions essay series. John Templeton Foundation*. Recuperado de: <http://www.templeton.org/reason/>
- Haidt, J. (October, 2001). The Emotional Dog and its Rational Tail: A Social Intuitionist Approach to Moral Judgment. *Psychology Review*, 108(4), 814-834. doi: 10.1037//0033-295X.108.4.814
- Haidt, J. (2013). *The righteous mind: Why good people are divided by politics and religion*. New York: Random House.
- Huebner, B., Dwyer, S., & Hauser, M. (2009). The role of emotion in moral psychology. *Trends in cognitive sciences*, 13(1), 1-6.

- Liljenquist, K., Zhong, C. B., & Galinsky, A. D. (March, 2010). The smell of virtue: Clean scents promote reciprocity and charity. *Psychological Science*, 21(3), 381–383. doi: 10.1177/0956797610361426
- Olivera La Rosa, A., & Rosselló-Mir, J. (2012). *Shocking moral judgments*. Saarbrücken: LAP LAMBERT Academic Publishing.
- Olivera La Rosa, A., & Rosselló, J. (octubre, 2014). The new science of moral cognition: the state of the art. *Anales de Psicología*, 30(3), 1122-1128. doi: <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.30.3.166551>
- Schnall, S., Benton, J., & Harvey, S. (2008). With a clean conscience: Cleanliness reduces the severity of moral judgments. *Psychological Science*, 19(12), 1219-1222.
- Schnall, S., Haidt, J., Clore, G. L., & Jordan, A. H. (August, 2008). Disgust as embodied moral judgment. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 34(8), 1096-1109. doi: 10.1177/0146167208317771
- Sinnott-Armstrong, W. (2008). *Moral Psychology*, 3 Vols. Cambridge: MIT Press.
- Zhong, C. B., & Liljenquist, K. A. (September, 2006). Washing away your sins: Threatened Morality and Physical Cleansing. *Science*, 313(5792), 1451-1452. doi: 10.1126/science.1130726